

Río profundo. Montaña arriba

José Siemss

— ¡CORRE, PEPE, RAUDO a la montaña!

Comenzaba de nuevo el tormento de mi existencia, el espanto de lo que muy pocas veces yo podía oler, lo que apenas una vez vi a lo lejos. Teníamos que esconder nuestro coraje dentro de nuestra misma piel, correr desconocidos y desnudos de cualquier pensamiento. Inconscientes pero dulces allá íbamos, a la montaña alta. El sol por las mañanas empezaba a palidecer contrastando con mi miedo de ocho años. El cielo tenía color de horror y las alucinaciones del río corriendo caudalosamente comenzaban a aparecer. Los gemidos del mundo, el olor a choza quemada, el olor a guerra y a desarropo, “¡Corre, Pepe, raudo, a la montaña!” Arriba trinaban las aves con un verde extraño que posaba cada segundo en bruno. Nos perdíamos entre los árboles camino a la cueva de la cima. Con desesperación huyendo de lo inexplicable mi hermana Bella y yo. Aquello a lo que nos dirigíamos era un hueco revestido con costales de henequén del suelo al techo, con trozos de madera que servían de asiento y con un ruido muerto como el pueblo de Zitlala. Llegábamos sedientos, a pesar de haber bebido aliento en el río, y colocábamos las mantas en el suelo, la vela y las tortas de maíz que Bella alcanzaba a cocinar en la casa. Junto con la naturaleza éramos comidos entre tanto bosque y tanta hambre, extrañando a papá, los paseos por la plaza del pueblo, la milpa vestida de mazorcas, la cama y sus sábanas limpias, el cultivo de los pelos del amor de nuestra madre.

Una mañana de tantas amanecimos envueltos entre las mantas casi muriéndonos de frío. Bella dijo que teníamos que bajar y ponernos al sol. Al rato íbamos tostándonos camino abajo entre bostezos y temblores. Bajábamos el

cerro atarantados por el sueño. Lo que se veía abajo a lo lejos no era la niebla del amanecer ni las sábanas blancas inexistentes de nuestro anhelo. Era un pueblo cubierto de un follaje de fantasmas humeando al amanecer, yaciendo entre carbón y sangre, entre silencio de desierto. La revolución llevaba meses torturándonos la vida, pero aquella mañana después de eso el miedo tomó un sabor. Desaparecimos de persecuciones y de la inclemencia de aquella guerra. Un día Bella oyó decir a las vecinas del rancho de al lado, que así como a los hombres, también las mujeres serían enfiladas para pelear. Escuchamos de raptos y abusos a las guerrilleras, y fue que empezamos a escondernos. Entre las subidas al cerro por las tardes nos íbamos perdiendo en algún fango, mientras guerrilleros nos apuntaban con sus rifles sin ninguna razón. Al principio corríamos al río para perdernos en alguna maraña, hasta que recordamos la cueva que mi padre había excavado años atrás cerca de la cima del cerro. Nunca supe el motivo por el cual mi padre hizo esa madriguera, pero de algo siempre estuve consciente: “No ir atrás”. Mi padre decía que atrás de la cueva había un barranco apestoso e infinito, cubierto de maleza y con una serpiente gigante a la cual le apetecía mucho la carne de niño. Ese era motivo para que nadie se atreviera siquiera a recordar la existencia de la cueva. Pero en aquel tiempo esa guarida era nuestro único refugio.

Antes de que los rumores del comienzo de la revolución se avecinaran violentamente, mi madre desapareció. Una mañana desperté y fui hacia la cocina, ahí ya esperaba Bella también para el desayuno. Minutos después mi padre se sentó en la mesa también. Nervioso y cabizbajo nos dijo que mamá se había ido para siempre, que había caminado

hacia lo lejos y que poco a poco se fue desapareciendo en la oscuridad. Nos dijo recordarla y no hablar más de ella.

Pasaron los meses y una noche desperté derritiéndome en llanto sin poder acordarme del rostro de mi madre. Y al día siguiente, mientras esperábamos a que papá llegara del campo para comer juntos, llegó a la casa una mujer de los ranchos vecinos y preguntó por Andrés, mi padre, y al saber que andaba trabajando en las siembras nos dijo que le comunicáramos que se escondiera en cualquier parte, porque don Juan Pablo Cuchillo y sus hombres obligaban a unirse a ellos a todos los campesinos de la región. “Para seguramente ir a morir a la guerra”, dijo ella. Pero nunca pudimos darle el mensaje a papá pues jamás regresó del campo.

Los primeros recuerdos de mi vida a los que hoy puedo darles luz tomaron forma en aquella época, una fase amarga de mi existencia, la emancipación de la alegría de mi niñez y una victoria rancia para el país. El miedo y el sufrimiento eran mis únicos apellidos, mi hogar, no sé en qué momento, se desplomó en desmoronada tristeza. Mi hermana Bella era mi único sustento, el aliento de mi fantasía. Suenan hasta ahora en mis oídos aquellas palabras de terror, las que ahora me arrancan la carne sin lástima, “¡Corre rápido, allá por el Zitlaltepec!”

Juan Pablo Cuchillo fue despojado de sus tierras en Zitlala junto e igual que la mayoría de los otros indígenas náhuatl que vivían a las afueras del pueblo. Por muchos años él había trabajado en la hacienda de doña Eucaria, una rica hacendada del pueblo cercano de Chilapa. Al verse sin hogar para su esposa e hijos y hartos de las humillaciones de las que era objeto junto con los demás despojados, se rebeló al convocar a la mayoría de los zitlaltecos para luchar por sus patrimonios en contra del abuso. El abuso tenía cuerpo y nombre, el señor Apreza, rico hacendado y dueño de la mayoría del territorio regional.

La revolución estalla cuando el límite de las atrocidades y el abuso eran más que torturantes para los pobres. La mayoría de los pueblos de Guerrero se sumaron a las filas zapatistas, y Zitlala, con el alma amarga, se unió más

dispuesta que nunca. Juan Pablo Cuchillo fue el líder zapatista de aquel pueblo, recibía apoyo económico, mayoritariamente para la obtención de armas de parte de Eucaria Apreza, quien financiaba también, y principalmente, a los grupos maderistas. Rara parecía la contrariedad de la sangre entre Eucaria y el señor Apreza, su padre, pues mientras uno mataba para apoderarse de un mundo otro empezaba a vivir para matar al poder.

Chilapa, un pueblo tradicionalmente conservador, se mostró opositor a los cambios. Cuando estalló la revolución, sus habitantes se declararon porfiristas, sufriendo con ello los bárbaros embates de los grupos revolucionarios. Para que el 14 de enero de 1912 los zapatistas asaltaran y tomaran este pueblo, se necesitó la unión de la mayoría de los hombres de todas las comunidades de las regiones vecinas. Empezó así la triste persecución de los campesinos

que se mostraban indiferentes ante la guerra. Los hombres que se negaban eran llevados a la fuerza o fusilados, y los que huían con sus familias tenían la seguridad de que algún día, al volver, encontrarían su casas hechas cenizas cayendo así en la desesperanza. A mí ya se me olvidó, no puedo recordar, pero seguramente era Chilapa la que humeaba aquel día que bajábamos de la cima del cerro mi hermana y yo.

Nuestra casa quedaba en unos ranchos muy cerca de Zitlala. Sencilla, con paredes de madera y palmeras secas en el techo. Por las mañanas mi hermana y yo bajábamos hasta ella para conseguir comida. Yo deseaba estar siempre ahí aunque sólo fueran pocas horas debajo de la cama, cubierto con co-

bijas y oyendo cómo el corazón de mi hermana y el mío se agitaban a cada segundo. El río quedaba a unos metros de distancia y al fondo la serranía lo tapaba todo. Un pabellón de árboles vestía nuestro hogar y el carisma de mis padres sazónaba el ambiente.

Bajábamos hacia el río. Allá atrás en lo alto habíamos dejado la cueva. El agua corría semejante a nosotros en un perezoso y somnoliento torrente. El rocío del amanecer me atomizaba la cara y el cuello. El perfume de los cazahuates. Nuestros pies ágiles brincaban las piedras desparpajados entre huaraches gastados que veían pasar el tiempo con nuestra misma visión. Llegamos a casa y yo tomé inmediatamente las cobijas y me resbalé debajo de la cama mientras



Bella buscaba migajas en la cocina. Esa mañana comimos pan duro, elotes tiernos, huevos cocidos y café caliente. Mi hermana siempre tenía la suerte de calmarme y calmarse el hambre. Al poco tiempo nos abrazamos y volvimos debajo de la cama. Pasaban las horas del día con el resollar de nuestras cabezas. Bella casi siempre callada sobre ese rostro pálido y flácido. Ahora la recuerdo por sus tirones a mi brazo, por su mirada diluida y afásica, siempre conmigo como muerta. Y así nos mantuvimos hasta que por el atardecer unos ruidos en la cocina nos despertaron.

Se oían golpes agresivos a la puerta de la casa. Pasos en el pasillo que da al fogón. Y después de rondar cerca de la cama ellos se fueron sin darse cuenta de nuestra presencia. Bella me tapó la boca para no gritar mientras el cabalgar de los caballos se alejaba. Entonces corrimos despavoridos hacia el río. Mi gimoteo reventaba por dentro. Rodamos por las piedras río arriba. Escuchamos disparos de rifles y nos detuvimos agachándonos entre un matorral. Bella seguía tapándome la boca para que no gritara. Y poco a poco mi niñez se fue escurriendo en convulsiones. No supe qué pasó después. Abrí los ojos y vi la vela de la cueva derritiéndose a mi costado alumbrando desnuditamente mi rostro y el de mi hermana. La noche había caído y yo quedé mudo para siempre.

Aquella vez tardamos dos días sin bajar de la cueva del cerro. A lo lejos Chilapa seguía humeando y del otro lado Zitlala se rendía aún marchita. El hambre nos estaba secando, acabando. Bella dijo que esperara ahí mientras ella bajaba a la casa y buscaba algo para comer. Se fue y yo me mantuve angustiado deseando que en un guiño el tiempo volara. Mis piernas temblaban casi sin fuerzas. Empecé a caminar lentamente entre mi inconsciencia y fui rodeando con mis pasos la cueva. Me empujé hacia atrás en el lugar donde habitaba la serpiente gigante. Poco a poco fui llegando cerca de la barranca pero mis fuerzas se agotaron y me desvanecí en la orilla. Aún pude ver claramente a pesar de mi vago desmayo. Y así, en la cristalinidad de mi espíritu pude avistar en lo profundo de la barranca un cadáver envuelto con el vestido de mi mamá.

Unas horas después Bella regresó con dos huevos cocidos y café tibio para mí. Todo me sabía a muerte ahora. Noté que el semblante de ella era peor que antes, que no podría sostenerse en pie por más tiempo. Mi enmudecimiento me impidió preguntarle qué le pasaba pero el hambre y la

imagen del cadáver de la barranca me tropezaban más. La noche nos comió de nuevo, la baja temperatura nos helaba hasta el alma. No pude dormir pensando en qué pasaría mañana, en la calavera de la barranca, en la serpiente, los caballos, el pueblo de Chilapa.

Toda la noche los quejidos moribundos de Bella fueron el único arrullo. Al amanecer prendí el cabito de vela que sobrevivía, me paré y fui hacia ella. Le toqué la frente, las manos, el corazón. Pude sentir su sudor y su leve temblor. Las palabras sollozaban dentro de mí. Y así pasaron de nuevo la mañana, la tarde y la noche. Cuando olí el alba desperté. Hacía un frío glacial y estuve esperando a que el sol empezara a iluminarlo todo. Fui hacia el lugar de mi hermana y nada más toqué el arrugo de las mantas. Engañosamente se aceleró el día. El sol tenía intenciones de quemar. La grama del suelo lucía cálida y el cielo presumía en zafiro. El cuerpo de mi hermana lengüeteaba a un lado de la boca de la cueva. Bajé, tropecé y rodé por la montaña. Continué descendiendo mojado y caudaloso por el Zitlaltepec y llegué a la orilla del río. A unos metros de distancia las llamas chamuscaban mi casa. La casa de la cama y las cobijas, del fogón, de los huevos y el café. La que se cubría con un pabellón de árboles y en sus paredes de madera lucía tatuada el carisma de mis padres. En cada llamarada se dibujaba la inocente y bella sonrisa de mi hermana. “¡Corre, Pepe, raudo al escondite!”

La revolución sólo se me mostró en forma de objetos y sentimientos. Hoy me siento como aquel día, arrodillado por la debilidad física, masacrado y sin conciencia, muerto y seco. Ese día lo perdí todo, me doy cuenta ahora que antes de eso tuve mucho. Nunca viví sin luz ni oscuridad, ¿pero dónde pude haber encontrado conceptos y definiciones a esa edad y en ese tiempo en el que México empezaba a parpadear?

Me puse de pie, dejando atrás mi hogar que se desgreñaba en llamas. Nadie me perseguía, ni un rifle, ni un caballo, ni un estruendo. Así, me fui de nuevo hacia la cueva convertido en cadáver. ¿Qué me esperaba allá en la cima? Esta vez algo más se acercaba que yo no sabía, pero mientras a cada paso me aproximaba a lo alto, hacia abajo y hacia el cielo, río profundo, montaña arriba. •

JOSÉ SIEMSS. Escritor y cuentista. Correo electrónico: supreme13@mexico.com